

CARLISMO Y PROGRESISMO

9-8-76

Por Rafael GAMBRA

verse en la que sostuvo España de 1793 a 1795 contra la Revolución Francesa, cuya extrema popularidad le confirió una fisonomía por completo distinta de las anteriores guerras de su siglo, y le hizo participar de ese carácter que hemos llamado de cruzada. En 1908 el fino instinto religioso de los españoles de entonces, aguzado en sus seculares luchas religiosas, les hizo ver en los soldados franceses algo más que una invasión extranjera; y nuestra Guerra de la Independencia tuvo un carácter positivo junto al negativo de oposición al invasor que no todos los historiadores han que rido ver—. Es curioso, que al afianzarse le llamaba el pueblo en la época, más que eso o que traidor, renegado, término de claro sentido religioso.

Después tienen lugar una serie de luchas internas que podríamos llamar de independencia espiritual respecto a las nuevas ideas revolucionarias. Todas reconocen como motivación profunda una misma fe en la que se unía, en apretada síntesis el espíritu religioso —aún vivo y fervoroso en las clases populares— con el amor a las formas castizas de gobierno y la lealtad a la legitimidad monárquica. La defensa en fin, de un orden social y político que se estimaba derivación del credo religioso que con él formaba una fe y una bandera. Supervivencia —diría Elías de Tejada— de la vieja cristiandad como unidad comunitaria de fe frente a la moderna Europa como mera convivencia laica o religiosamente neutra.

LEMA DE AQUELLAS BANDERAS CARLISTAS

El Altar y el Trono fue el lema de aquellas banderas

todo el país. Ni se ventila pleito dinástico alguno, ya que ambos bandos en lucha reconocen por rey a Fernando VII.

En aglutinante común a todas estas luchas es, pues, el espíritu religioso, hasta el punto de constituir, como he dicho a modo de una segunda etapa interior de las guerras de religión en las que nuestros mayores entregaron todo su esfuerzo por el restablecimiento de la unidad católica de la Cristiandad. De ese espíritu DEPENDE POR ENTERO LA EXISTENCIA Y LA EJECUTORIA DEL CARLISMO COMO FENOMENO HISTORICO. Sin tal motivación latente no habría existido cuestión dinástica: Carlos V habría sucedido normalmente a Fernando VII de no existir una previa escisión religioso-política en una de cuyas banderas la tradicional —estaba comprometido plenamente el Infante Don Carlos. La misma cuestión formal que se integra en las motivaciones de aquellas guerras, si pudo ser un motivo constante de tensión, nunca existió como casus belli antes de complicarse con la irreligiosidad nacionalista de las teorías centralizadoras que exaltaban el carácter santo de las costumbres y libertades locales.

ORIGEN DE LA PERVIVENCIA DEL CARLISMO

En la misma motivación religiosa (o religioso-política) ha de buscarse el origen de la extraordinaria pervivencia del Carlismo después del Convenio de Vergara y de la consolidación de Isabel II. Su retorno a las armas es provocado por las persecuciones religiosas de la primera y segunda República. La propia Guerra de Liberación de 1936 —aun-

tanas, que veían imposible en sus países el restablecimiento de un régimen político católico, propugnaron la teoría de "la indiferencia de las formas de gobierno" y la aceptación de cualquier régimen político con tal de que otorgue libertad civil y docente a los católicos. Los regímenes —según tal teoría— son buenos no por su "forma" (monarquía, democracia, dictadura, etc.), sino por los hombres que en ellos gobiernan e "influyen". El movimiento de El Debate (Herrera) y su formación de "líderes" católicos fue la repercusión en España de esa actitud. Ella inspiró durante la República el movimiento de adhesión de los católicos a la misma, que se llamó Acción Popular y que resultó arrollado por los hechos anárquicos que concluyeron en la guerra de 1936. Estos movimientos "populistas" conservaban, sin embargo, la tesis tradicional y tridentina al afirmar que los regímenes laicistas sólo pueden aceptarse como "hipótesis" (es decir, en situación dada para la consecución del "mal menor" o del "bien posible"), pero no como "tesis", es la que ha de mantenerse siempre el ideal de la confesionalidad del Estado y de su unidad religiosa.

MARITAIN Y EL MODERNISMO

Ya en la misma época, no obstante, el filósofo católico francés J. Maritain avanzaba en un sentimiento fuertemente influido del "modernismo" que condenó tiempo atrás San Pío X afirmando como religiosamente deseable lo que él llamó un Estado Laico Cristiano, superación moderna del antiguo Imperio Cristiano medieval. Un estado secularizado y neutro

gran delicuescencia católica del post-Vaticano II. A los pocos meses, el propio Maritain era ya un conservador arrollado por las nuevas olas que tenían que preparar su propia defensa. El Progresismo —ampliación sin límites de las antiguas tesis del "modernismo"— se aliaba estrechamente con lo por él llamado "Mundo Moderno", esto es, con la Democracia inorgánica y los ideales secularizadores del "Desarrollo, el Humanismo y la Paz" propios de la ONU. Otras veces, tomando relevo, reniegan públicamente de la tradición histórica y política de la Iglesia en los dieciocho siglos que median entre Constantino y nuestros días, y proclaman el "Nuevo Pentecostés" de una Iglesia encarnada en la lucha de clases y en los objetivos socialistas. Otros, en fin niegan abiertamente la jerarquía y los dogmas de la Iglesia, y abren de sus brazos al paraíso marxista del Porvenir, alcanzan los límites de la teología anglicana de la "muerte de Dios".

ACTITUD DEL CARLISMO

¿Cuál puede ser la actitud del Carlismo ante esta inmensa "debacle" que, aparentemente al menos, sufre la Iglesia de hoy y la civilización occidental, mentalmente colonizadas por el marxismo?

¿Suponer, con el progresismo, que estos sucesivos movimientos son fruto del Espíritu divino; abjurar con ellos de la Historia y significación patrias y aliarse con ese progresismo



La Infanta doña María de las Nieves —cuya onomástica se celebró el día 5 del corriente— en Montejurra de 1966

religioso y con el socialismo marxistizante? No faltan, por desdicha, grupos supuestamente carlistas que adoptan, más o menos, larvamente, tal actitud.

¿Desentenderse del problema religioso y de cuanto entraña para limitarse a la cuestión dinástica y la cuestión formal, así como a la sucesión (por vía alternativa de colaboración o de oposición) del actual régimen español? Sería triste desventura.

¿Permanecer fieles a lo que fue, es y será el Carlismo, si ha de pervivir de esta trágica coyuntura? ¿Formar con todos los héroes y los santos del pa-

sado (el Progresismo no tiene todavía ninguno), y situarse en la avanzada de la futura resurrección de la Iglesia y del Occidente cristiano? ¿Cumplir con el deber, aun en contra del "Mundo" y de la oportunidad política, para dar testimonio a ese mundo de que España y la fe católica todavía existen y alienta bajo la bandera y la boina roja de nuestros mayores?

Este es el único camino que no supone la autodisolución del Carlismo y la abjuración de su mismo ser y de su Historia. Este, el simple cumplimiento del deber en la hora presente.

Hace años —allá por 1950— publiqué yo un libro titulado "La primera guerra civil de España (1821-23)", al que puso un bello prólogo José María Pemán. Historiaba en él una lucha, casi olvidada entonces, que se conoció con los nombres de Guerra de la Constitución o Guerra Realista y que se inició a consecuencia de la sedición de Riego que proclamó e impuso al rey la Constitución de 1812 tras de sublevar a un ejército reunidos con grandes sacrificios para sofocar la rebelión en los territorios de la América española.

EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES LIBERALES

Los historiadores liberales del siglo pasado procuraron siempre silenciar o minimizar esta guerra con el doble fin de presentar aquella implantación del régimen constitucional como un hecho popular y pacíficamente aceptado, y a su sofocación, tres años más tarde, como el resultado únicamente de una intervención extranjera (los Cien Mil Hijos de San Luis). Es lo cierto, sin embargo que esa intervención se produjo a petición de una buena parte de los españoles sublevados en armas en favor del Rey y de la Religión —los "realistas"— que dominaban eran parte del Norte de España, especialmente Navarra y

(ómonas, doate) han completado más tarde el estudio de esa guerra y de su época. Sin embargo, el principal interés de aquella lucha —localizada pero cruelísima— estuvo más en su significación histórica que en la entidad de sus hechos o de su estrategia bélica. Se sitúa esta guerra entre la Independencia y la Primera Guerra Carlista —siete años después de la primera, diez antes de la segunda—, y en ella intervienen como realistas figuras destacadas de la Independencia (Merino, Eroles, Ladrón de Cegama) y de la carlista (Zumalacárregui, Gómez, Eraso Guergué). Constituye así un eslabón entre las luchas más importantes de nuestro siglo XIX, y la clave para comprender el sentido y el espíritu de su continuidad. A su luz nos aparece la gesta que tiene lugar en nuestra patria durante los siglos XIX-XX que, no por silenciada de gobernantes e historiadores deja de marcar el verdadero sentido de nuestra vida nacional desde principios de aquel siglo hasta nuestra misma guerra de Liberación.

Como es sabido, el primer intento de introducir en España un sistema explícitamente revolucionario (y religiosamente heterodoxo) coincide con la invasión francesa de 1808. Napoleón, defensor y salvador de los principios revolucionarios de los que nunca abjuró, identificó la causa de la Revolución con la de Francia y sobre aquellos principios constituyó un Estado fuerte e imperialista. Los españoles —aunque vencedores militares de sus ejércitos— fueron una víctima suya en el orden espiritual. Gran parte de sus clases elevadas —nobleza, ejército, alta burguesía— se declararon partidarios de las nuevas ideas constitucionalistas liberales.

Entonces comienzan una serie de guerras casi olvidadas algunas, silenciadas y mal comprendidas todas. A través de ellas se prolonga, sin embargo, el sentido auténtico de nuestra historia en un eco lejano de las Guerras de Religión.

Un antecedente de estas luchas religioso-políticas puede

Los historiadores suelen presentar estas guerras como heterogéneas y desconectadas entre sí. La de 1793, como respondiendo a los motivos nacionales (o borbónicos) de política exterior; la de Independencia como defensa contra el invasor; las carlistas, como provocadas por un pleiteo dinástico. Todo ello es, sin duda, cierto; pero existe, además, y sobre todo, un elemento religioso y político (o, mejor religioso-político) que es sustrato común a todas ellas y las incluye en un ciclo histórico con fines y alientos comunes.

de Liberación de 1950 —**car-**
que sólo parcialmente **carlis-**
mo determinada por el
mismo factor religioso. Se en-
trecruzan en ella, **sin duda,**
motivaciones políticas (de
anarquía ambiental), sociales,
militares, etc.; pero la Repu-
blica se habría consolidado en
España —tal como sucede
actualmente con el castrismo de
Cuba— si no hubiera sido por
la reacción religiosa, reaviva-
da por la persecución y la en-
señanza laicista.

La concepción religioso-política del Tradicionalismo español (o Carlismo) —esa unión del Altar, el Trono y las instituciones forales patrias no es ninguna extraña forma de teocracia o de fanatismo medievalista. Es la simple concepción tradicional— y tomista —de la Iglesia, que afirma dos poderes con fines y jerarquías diferentes —el civil y el religioso—, pero con una esfera común que interesa a ambas potestades y en la que una y otra se armonizan jerárquicamente.

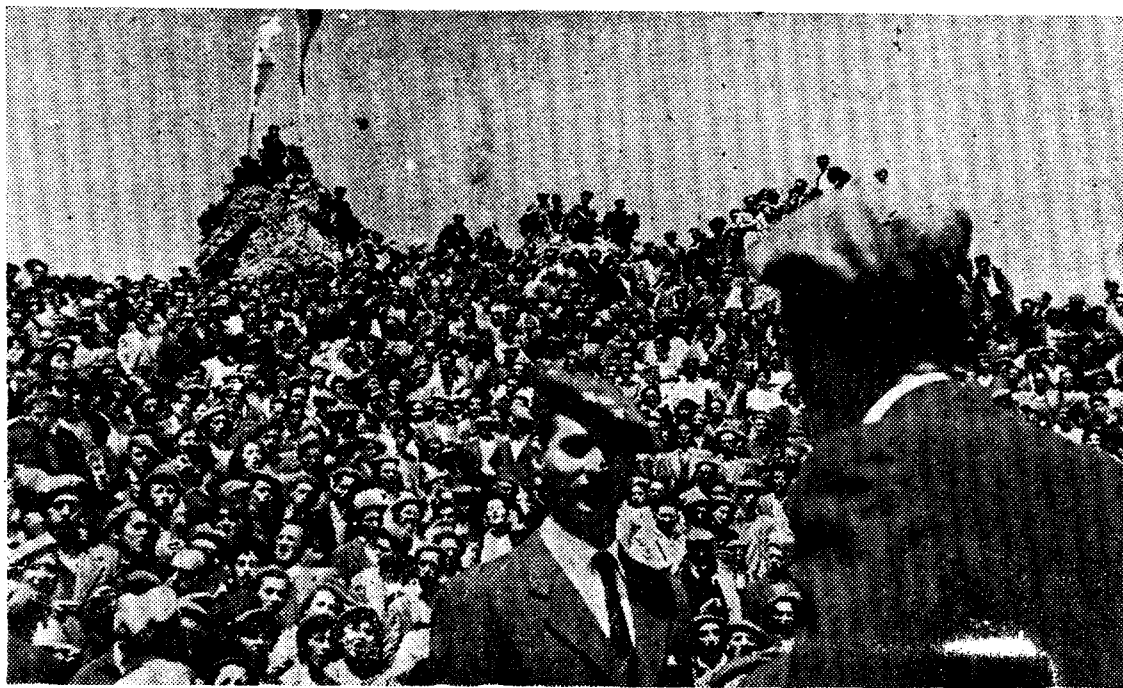
Sin embargo, ya antes de nuestra Guerra de Liberación, la actitud política de determinados sectores de una Europa minada de pluralismos religioso y de secularización, fue cambiando tímidamente de signo. Las llamadas democracias cris-

Estado secularizado y neutro que ~~seceda~~ no abandone la religión religiosa desde abajo, desde **sus miembros individuales** (únicos sujetos de religiosidad) era para él la síntesis superadora que anulaba, por anacrónica y caduca, la antigua tesis del Estado cristiano, a través de la antítesis (beneficiosa en el fondo) del Estado antirreligioso de la Revolución.

Conocida de todos fue la paradójica hostilidad del famoso autor católico a la España Nacional que luchaba de 1936 a 1939 contra la laicización del Estado y bajo la bandera de una tradición nacional y católica. Y sus intentos de mediación en aquella lucha sobre la base siempre de mantener una República democrática y laicista, pero tolerante en religión. Actitud opuesta en todo a los grandes pensadores, políticos y poetas católicos de Francia en relación con nuestra guerra (Chevalier, Maurras, Paul Claudel, etc.).

ETAPA MEDIA

Pero los treinta años que median desde la guerra de España han constituido para este enturbiamiento de ideas y corrupción de actitudes un periodo mucho más fecundo que los cien años largos que median entre la primera Guerra Carlista y el Alzamiento Nacional. La tesis político-laicista de Maritain y los suyos han triunfado plenamente en la



Nuestro querido amigo, el eminente catedrático de Filosofía de la Universidad de M. a. a. don Rafael Gamba, presenta al Príncipe don Carlos a las honradas masas carlistas en Monteju-
rra, el Monte Sagrado de la Tradición